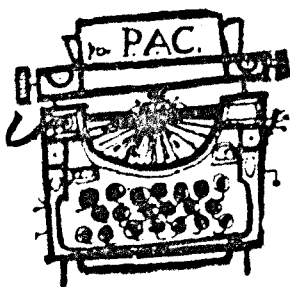


escrito a máquina

Pájaros del dulce encanto



Cada tanto tiempo aparece, como un recordimiento, el anuncio de que se va a sanear el Lago de Managua. No hay duda que al convertir su lago en letrina nuestra capital cometió uno de esos pecados "contra natura" que deforman no sólo el aspecto externo o urbanístico de una ciudad sino las capas más hondas de la misma vida ciudadana. Managua es el Pájaro del Dulce Encanto de nuestra fábula escatológica: un paisaje maravilloso y una razón de ser geográfica: —el Lago— que hemos convertido en excremento. Vivimos un paisaje engañoso —que atrae y repele—, reflejados en unas aguas que estafan: que llaman a su frescura y resultan podredumbre. El Lago fue el que congregó a la ciudad —fue su vocación—, pero urbanísticamente lo que ha hecho Managua es huir del Lago porque su voz —como el canto de las sirenas— es perversa y letal. Sin embargo, aunque huyamos, el hecho de haber convertido la belleza en pocilga imprime carácter. El capitalino tiende cada día más hacia la suciedad. Y la suciedad es el hábito de la jayanería. El que vive en un estercolero, quiéralo o no, vulgariza su alma porque el medio ambiente ejerce una educación y, al cabo del tiempo, cincela características indelebles en el morador. Se ha dicho que el Maya fue tan gran astrónomo porque viviendo en medio de la selva no tenía horizonte y sólo podía mirar hacia arriba, hacia las estrellas. El nicaragüense es —ha sido— un hombre lacustre. Mucho de su modo de ser se deriva quizás de su paisaje. Sin embargo, nunca había sentado sus reales en las riberas de un lago de inmundicias. ¿Qué producirá si sigue en ese medio?

Pero la enfermedad de nuestro lago oculta una causa más honda. Hay un bacilo que se hizo llaga en el lago al crecer la ciudad, pero el bacilo es social. Managua destruyó su paisaje porque ya había destruido su espíritu de comunidad. La altura mandó sus heces a la bajura después de un proceso social en que la bajura —es decir, el pueblo bajo— perdió toda consideración en la conciencia de los de arriba. Al borde del lago existían los pescadores y existían los barrios bajos. Cuando la ciudad creyó que esa zona "baja" debía ser sacrificada a la comodidad y a la limpieza de la zona alta, cuando el dinero perdió de vista a la pobreza, comenzó el lago a ser letrina. La suciedad llegó después de haber llegado el egoísmo.

Ahora, lo que el egoísmo creyó una solución de limpieza se vuelve contra la ciudad y la afea y la envilece. El pecado de egoísmo es un "boomerang": sus efectos regresan contra el que lo cometió. Con el lago sucede lo mismo que con los barrios miserables. Dejamos crecer sus problemas creyendo que con marginar la miseria escapamos de ella; pero la ola regresa; sea en forma de lastre para el desarrollo, sea en forma de delincuencia, sea en forma de odio, sea en forma de revolución.

Arriba me preguntaba: ¿qué producirá el nicaragüense si sigue aposentado junto a un lago-cloaca? —Pero la respuesta ya la produjo Managua. Se llama Acahualinca, el injerto abominable de la miseria en la suciedad.

Pero Acahualinca no es un barrio más que por accidente. Acahualinca es un símbolo: es el espíritu capitalino. Toda la costa del lago es Acahualinca. Todo el contorno de Managua es Acahualinca. Y si lo es el cuerpo, lo es el corazón. Acahualinca es el "affaire" de las áreas verdes en que se negocian los parques que necesita nuestra incandescente ciudad para salvar de la degeneración a sus moradores. Acahualinca es la calle adoquinada y alumbrada para valorar solares vacíos pero privilegiados, y el barrio sin servicio alguno ahogado en polvo o con el agua de las cloacas infestando sus calles. Acahualinca es el desorden urbano de nuestro crecimiento y la injusticia económica de nuestro desarrollo. Acahualinca es el fruto de un lago-cloaca pero es también su semilla: es el anti-humanismo, es el olvido del prójimo, el "yo qué pierdo" social.

Ayer creímos solucionar un problema ciudadano y lo que hicimos fue crear un inmenso problema de salubridad, de urbanismo, de estética, de moral para Managua. Hoy creemos que estamos haciendo una gran ciudad progresista porque levantamos altos edificios y grandes fábricas mientras dejamos que los barrios bajos proliferen absolutamente marginados. Una voz, una sola voz hemos oído acerca de ellos —la voz de la Iglesia—. ¿Cuál fue la respuesta? Enormes, lujosos colegios florecen por doquiera para los privilegiados. ¿Dónde están los que se levantan en el estercolero? ¿Cuáles son los canales que lleven siquiera un hilo de agua de nuestra economía hacia esas comunidades marginadas? ¿Cuáles los que llevan cultura, alegría, esparcimiento?

- VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

“Las consecuencias de estos barrios margi-
nados —dice el autor de “Radiografía del
Odio”— resultan a la postre muy caras”. La
miseria, la desigualdad patente, la desorganiza-
ción social determinan odio, puesto que some-
ten al individuo, desde niño, a una serie de ten-
siones dislocantes, a una serie de comparacio-
nes venenosas y a una constante actitud agresi-
va. ¿Qué puede hacer sino odiar aquel joven
que sólo pudo sobrevivir gracias a sus impulsos
agresivos? El que sobrevive de las privaciones,
suciedad y abandono ¿qué actitud puede adoptar
frente a la sociedad sino la de arrebatarse? ¿No
lo ha educado la vida, incluso orgánicamente,
para la violencia?

Miles de niños están creándose entre noso-
tros en una escuela de envilecimiento —entre
el hambre y la suciedad— para el odio o para
la delincuencia, para la agresión o para la des-
trucción. Ciertamente, hacen falta 70 millones
para borrar nuestro pecado físico instalando una
planta de tratamiento de las aguas del Xolotlán.
¿Cuántos millones costará la planta futura que
trate de purificar esas almas arrojadas al odio y
a la agresión por la ciudad?

PABLO ANTONIO CUADRA